



tx

Nº 2
Mar

contexto

REPRODUZCA esta información

40 AÑOS DEL ASESINATO DE RODOLFO WALSH

Esquirlas por Raquel Robles

Diez pistas para una búsqueda poética por Julián Axat

La última noche por Patricia Serrano

Un Walsh freak por Ulises Cremonte

El puente transparente y la novela de Walsh por Fernando Alfón

Extracto del discurso de Álvaro García Linera al recibir el Premio Rodolfo Walsh

carta a las juntas

Este 25 de marzo, **Contexto** ofrece una edición especial con una serie de textos en homenaje a Rodolfo Walsh a cuarenta años de su desaparición. Los artículos intentan reconstruir al escritor, periodista y militante político comprometido, hasta la muerte, con la causa nacional y popular.

Con una diversidad de géneros y formatos, los autores invitados son Fernando Alfón, Julián Axat, Patricia Serrano, Ulises Cremonte y Raquel Robles. También se incluye un fragmento del discurso del vicepresidente boliviano Álvaro García Linera que pronunció en la Facultad de Periodismo y Comunicación Social de La Plata al momento de recibir el premio Rodolfo Walsh.

A modo de inicio de este recorrido propuesto, se copia a continuación “Carta Abierta de un Escritor a la Junta Militar”, uno de los textos periodísticos más emblemáticos de Rodolfo Walsh y cuya publicación significaría, como él lo adelanta en el último párrafo, “la seguridad” de que será “perseguido”. No se equivocaba: un día después sufría una emboscada y era ultimado por un grupo de tareas del ejército:

Carta Abierta de un Escritor a la Junta Militar

1- La censura de prensa, la persecución a intelectuales, el allanamiento de mi casa en el Tigre, el asesinato de amigos queridos y la pérdida de una hija que murió combatiéndolos, son algunos de los hechos que me obligan a esta forma de expresión clandestina después de haber opinado libremente como escritor y periodista durante casi treinta años.

El primer aniversario de esta Junta Militar ha motivado un balance de la acción de gobierno en documentos y discursos oficiales, donde lo que ustedes llaman aciertos son errores, los que reconocen como errores son crímenes y lo que omiten son calamidades.

El 24 de marzo de 1976 derrocaron ustedes a un gobierno del que formaban parte, a cuyo desprestigio contribuyeron como ejecutores de su política represiva, y cuyo término estaba señalado por elecciones convocadas para nueve meses más tarde. En esa perspectiva lo que ustedes liquidaron no fue el mandato transitorio de Isabel Martínez sino la posibilidad de un proceso democrático donde el pueblo remediara males que ustedes continuaron y agravaron.

Illegítimo en su origen, el gobierno que ustedes ejercen pudo legitimarse en los hechos recuperando el programa en que coincidieron en las elecciones de 1973 el ochenta por ciento de los argentinos y que sigue en pie como expresión objetiva de la voluntad del pueblo, único significado posible de ese “ser nacional” que ustedes invocan tan a menudo.

Invirtiendo ese camino han restaurado ustedes la corriente de ideas e intereses de minorías derrotadas que traban el desarrollo de las fuerzas productivas, explotan al pueblo y disgregan la Nación. Una política semejante sólo puede imponerse transitoriamente prohibiendo los partidos, interviniendo los sindicatos, amordazando la prensa e implantando el terror más profundo que ha conocido la sociedad argentina.

2- Quince mil desaparecidos, diez mil presos, cuatro mil muertos, decenas de miles de desterrados son la cifra desnuda de ese terror.

Colmadas las cárceles ordinarias, crearon ustedes en las principales guarniciones del país virtuales campos de concentración donde no entra ningún juez, abogado, periodista, observador internacional. El secreto militar de los procedimientos, invocado como necesidad de la investigación, convierte a la mayoría de las detenciones en secuestros que permiten la tortura sin límite y el fusilamiento sin juicio.

Más de siete mil recursos de hábeas corpus han sido contestados negativamente este último año. En otros miles de casos de desaparición el recurso ni siquiera se ha presentado porque se conoce de antemano su inutilidad o porque no se encuentra abogado que ose presentarlo después que los cincuenta o sesenta que lo hacían fueron a su turno secuestrados.

De este modo han despojado ustedes a la tortura de su límite en el tiempo. Como el detenido no existe, no hay posibilidad de presentarlo al juez en diez días según manda una ley que fue respetada aun en las cumbres represivas de anteriores dictaduras.

La falta de límite en el tiempo ha sido complementada con la falta de límite en los métodos, retrocediendo a épocas en que se operó directamente sobre las articulaciones y las vísceras de las víctimas, ahora con auxiliares quirúrgicos y farmacológicos de que no dispusieron los antiguos verdugos. El potro, el torno, el despellejamiento en vida, la sierra de los inquisidores medievales reaparecen en los testimonios junto con la picana y el "submarino", el soplete de las actualizaciones contemporáneas.

Mediante sucesivas concesiones al supuesto de que el fin de exterminar a la guerrilla justifica todos los medios que usan, han llegado ustedes a la tortura absoluta, intemporal, metafísica en la medida que el fin original de obtener información se extravía en las mentes perturbadas que la administran para ceder al impulso de machacar la sustancia humana hasta quebrarla y hacerle perder la dignidad que perdió el verdugo, que ustedes mismos han perdido.

3- La negativa de esa Junta a publicar los nombres de los prisioneros es asimismo la cobertura de una sistemática ejecución de rehenes en lugares descampados y en horas de la madrugada con el pretexto de fraguados combates e imaginarias tentativas de fuga.

Extremistas que panfletean el campo, pintan acequias o se amontonan de a diez en vehículos que se incendian son los estereotipos de un libreto que no está hecho para ser creído sino para burlar la reacción internacional ante ejecuciones en regla mientras en lo interno se subraya el carácter de represalias desatadas en los mismos lugares y en fecha inmediata a las acciones guerrilleras.

Setenta fusilados tras la bomba en Seguridad Federal, 55 en respuesta a la voladura del Departamento de Policía de La Plata, 30 por el atentado en el Ministerio de Defensa, 40 en la Masacre del Año Nuevo que siguió a la muerte del coronel Castellanos, 19 tras la explosión que destruyó la comisaría de Ciudadela forman parte de 1.200 ejecuciones en 300 supuestos combates donde el oponente no tuvo heridos y las fuerzas a su mando no tuvieron muertos.

Depositarios de una culpa colectiva abolida en las normas civilizadas de justicia, incapaces de influir en la política que dicta los hechos por los cuales son represaliados, muchos de esos rehenes son delegados sindicales, intelectuales,

familiares de guerrilleros, opositores no armados, simples sospechosos a los que se mata para equilibrar la balanza de las bajas según la doctrina extranjera de “cuenta-cadáveres” que usaron los SS en los países ocupados y los invasores en Vietnam.

El remate de guerrilleros heridos o capturados en combates reales es asimismo una evidencia que surge de los comunicados militares que en un año atribuyeron a la guerrilla 600 muertos y sólo 10 o 15 heridos, proporción desconocida en los más encarnizados conflictos. Esta impresión es confirmada por un muestreo periodístico de circulación clandestina que revela que entre el 18 de diciembre de 1976 y el 3 de febrero de 1977, en 40 acciones reales, las fuerzas legales tuvieron 23 muertos y 40 heridos, y la guerrilla 63 muertos.

Más de cien procesados han sido igualmente abatidos en tentativas de fuga cuyo relato oficial tampoco está destinado a que alguien lo crea sino a prevenir a la guerrilla y a los partidos de que aun los presos reconocidos son la reserva estratégica de las represalias de que disponen los Comandantes de Cuerpo según la marcha de los combates, la conveniencia didáctica o el humor del momento. Así ha ganado sus laureles el general Benjamín Menéndez, jefe del Tercer Cuerpo de Ejército, antes del 24 de marzo con el asesinato de Marcos Osatinsky, detenido en Córdoba, después con la muerte de Hugo Vaca Narvaja y otros cincuenta prisioneros en variadas aplicaciones de la ley de fuga ejecutadas sin piedad y narradas sin pudor.

El asesinato de Dardo Cabo, detenido en abril de 1975, fusilado el 6 de enero de 1977 con otros siete prisioneros en jurisdicción del Primer Cuerpo de Ejército que manda el general Suárez Masson, revela que estos episodios no son desbordes de algunos centuriones alucinados sino la política misma que ustedes planifican en sus estados mayores, discuten en sus reuniones de gabinete, imponen como comandantes en jefe de las 3 Armas y aprueban como miembros de la Junta de Gobierno.

4- Entre mil quinientas y tres mil personas han sido masacradas en secreto después que ustedes prohibieron informar sobre hallazgos de cadáveres que en algunos casos han trascendido, sin embargo, por afectar a otros países, por su magnitud genocida o por el espanto provocado entre sus propias fuerzas.

Veinticinco cuerpos mutilados afloraron entre marzo y octubre de 1976 en las costas uruguayas, pequeña parte quizás del cargamento de torturados hasta la muerte en la Escuela de Mecánica de la Armada, fondeados en el Río de la Plata por buques de esa fuerza, incluyendo el chico de 15 años, Floreal Avellaneda, atado de pies y manos, “con lastimaduras en la región anal y fracturas visibles” según su autopsia.

Un verdadero cementerio lacustre descubrió en agosto de 1976 un vecino que buceaba en el Lago San Roque de Córdoba, acudió a la comisaría donde no le recibieron la denuncia y escribió a los diarios que no la publicaron.

Treinta y cuatro cadáveres en Buenos Aires entre el 3 y el 9 de abril de 1976, ocho en San Telmo el 4 de julio, diez en el Río Luján el 9 de octubre, sirven de marco a las masacres del 20 de agosto que apilaron 30 muertos a 15 kilómetros de Campo de Mayo y 17 en Lomas de Zamora.

En esos enunciados se agota la ficción de bandas de derecha, presuntas herederas de las 3 A de López Rega, capaces de atravesar la mayor guarnición del país en camiones militares, de alfombrar de muertos el Río de la Plata o de arrojar prisioneros al mar desde los transportes de la Primera Brigada Aérea, sin que se enteren el general Videla, el almirante Massera o el brigadier Agosti. Las 3 A son hoy las 3 Armas, y la Junta que ustedes presiden no es el fiel de la balanza entre “violencias de distintos signos” ni el árbitro justo entre “dos terrorismos”, sino la fuente misma del terror que ha perdido el rumbo y sólo puede balbucear el discurso de la muerte.

La misma continuidad histórica liga el asesinato del general Carlos Prats, durante el anterior gobierno, con el secuestro y muerte del general Juan José Torres, Zelmar Michelini, Héctor Gutiérrez Ruíz y decenas de asilados en quienes

se ha querido asesinar la posibilidad de procesos democráticos en Chile, Bolivia y Uruguay.

La segura participación en esos crímenes del Departamento de Asuntos Extranjeros de la Policía Federal, conducido por oficiales becados de la CIA a través de la AID, como los comisarios Juan Gattei y Antonio Gettor, sometidos ellos mismos a la autoridad de Mr. Gardener Hathaway, Station Chief de la CIA en Argentina, es semillero de futuras revelaciones como las que hoy sacuden a la comunidad internacional que no han de agotarse siquiera cuando se esclarezcan el papel de esa agencia y de altos jefes del Ejército, encabezados por el general Menéndez, en la creación de la Logia Libertadores de América, que reemplazó a las 3 A hasta que su papel global fue asumido por esa Junta en nombre de las 3 Armas.

Este cuadro de exterminio no excluye siquiera el arreglo personal de cuentas como el asesinato del capitán Horacio Gándara, quien desde hace una década investigaba los negociados de altos jefes de la Marina, o del periodista de Prensa Libre Horacio Novillo apuñalado y calcinado, después que ese diario denunció las conexiones del ministro Martínez de Hoz con monopolios internacionales.

A la luz de estos episodios cobra su significado final la definición de la guerra pronunciada por uno de sus jefes: "La lucha que libramos no reconoce límites morales ni naturales, se realiza más allá del bien y del mal".

5- Estos hechos, que sacuden la conciencia del mundo civilizado, no son sin embargo los que mayores sufrimientos han traído al pueblo argentino ni las peores violaciones de los derechos humanos en que ustedes incurren. En la política económica de ese gobierno debe buscarse no sólo la explicación de sus crímenes sino una atrocidad mayor que castiga a millones de seres humanos con la miseria planificada.

En un año han reducido ustedes el salario real de los trabajadores al 40%, disminuido su participación en el ingreso nacional al 30%, elevado de 6 a 18 horas la jornada de labor que necesita un obrero para pagar la canasta familiar, resucitando así formas de trabajo forzado que no persisten ni en los últimos reducidos coloniales.

Congelando salarios a culatazos mientras los precios suben en las puntas de las bayonetas, aboliendo toda forma de reclamación colectiva, prohibiendo asambleas y comisiones internas, alargando horarios, elevando la desocupación al récord del 9%¹² prometiendo aumentarla con 300.000 nuevos despidos, han retrotraído las relaciones de producción a los comienzos de la era industrial, y cuando los trabajadores han querido protestar los han calificados de subversivos, secuestrando cuerpos enteros de delegados que en algunos casos aparecieron muertos, y en otros no aparecieron.

Los resultados de esa política han sido fulminantes. En este primer año de gobierno el consumo de alimentos ha disminuido el 40%, el de ropa más del 50%, el de medicinas ha desaparecido prácticamente en las capas populares. Ya hay zonas del Gran Buenos Aires donde la mortalidad infantil supera el 30%, cifra que nos iguala con Rhodesia, Dahomey o las Guayanas; enfermedades como la diarrea estival, las parasitosis y hasta la rabia en que las cifras trepan hacia marcas mundiales o las superan. Como si esas fueran metas deseadas y buscadas, han reducido ustedes el presupuesto de la salud pública a menos de un tercio de los gastos militares, suprimiendo hasta los hospitales gratuitos mientras centenares de médicos, profesionales y técnicos se suman al éxodo provocado por el terror, los bajos sueldos o la "racionalización".

Basta andar unas horas por el Gran Buenos Aires para comprobar la rapidez con que semejante política la convirtió en una villa miseria de diez millones de habitantes. Ciudades a media luz, barrios enteros sin agua porque las industrias monopólicas saquean las napas subterráneas, millares de cuadras convertidas en un solo bache porque ustedes sólo pavimentan los barrios militares y adornan la Plaza de Mayo, el río más grande del mundo contaminado en todas sus playas porque los socios del ministro Martínez de Hoz arrojan en él sus residuos industriales, y la única medida de gobierno que ustedes han tomado es prohibir a la gente que se bañe.

Tampoco en las metas abstractas de la economía, a las que suelen llamar “el país”, han sido ustedes más afortunados. Un descenso del producto bruto que orilla el 3%, una deuda exterior que alcanza a 600 dólares por habitante, una inflación anual del 400%, un aumento del circulante que en solo una semana de diciembre llegó al 9%, una baja del 13% en la inversión externa constituyen también marcas mundiales, raro fruto de la fría deliberación y la cruda inepticia. Mientras todas las funciones creadoras y protectoras del Estado se atrofian hasta disolverse en la pura anemia, una sola crece y se vuelve autónoma. Mil ochocientos millones de dólares que equivalen a la mitad de las exportaciones argentinas presupuestados para Seguridad y Defensa en 1977, cuatro mil nuevas plazas de agentes en la Policía Federal, doce mil en la provincia de Buenos Aires con sueldos que duplican el de un obrero industrial y triplican el de un director de escuela, mientras en secreto se elevan los propios sueldos militares a partir de febrero en un 120%, prueban que no hay congelación ni desocupación en el reino de la tortura y de la muerte, único campo de la actividad argentina donde el producto crece y donde la cotización por guerrillero abatido sube más rápido que el dólar.

6- Dictada por el Fondo Monetario Internacional según una receta que se aplica indistintamente al Zaire o a Chile, a Uruguay o Indonesia, la política económica de esa Junta sólo reconoce como beneficiarios a la vieja oligarquía ganadera, la nueva oligarquía especuladora y un grupo selecto de monopolios internacionales encabezados por la ITT, la Esso, las automotrices, la U.S. Steel, la Siemens, al que están ligados personalmente el ministro Martínez de Hoz y todos los miembros de su gabinete.

Un aumento del 722% en los precios de la producción animal en 1976 define la magnitud de la restauración oligárquica emprendida por Martínez de Hoz en consonancia con el credo de la Sociedad Rural expuesto por su presidente Celedonio Pereda: “Llena de asombro que ciertos grupos pequeños pero activos sigan insistiendo en que los alimentos deben ser baratos”.

El espectáculo de una Bolsa de Comercio donde en una semana ha sido posible para algunos ganar sin trabajar el cien y el doscientos por ciento, donde hay empresas que de la noche a la mañana duplicaron su capital sin producir más que antes, la rueda loca de la especulación en dólares, letras, valores ajustables, la usura simple que ya calcula el interés por hora, son hechos bien curiosos bajo un gobierno que venía a acabar con el “festín de los corruptos”.

Desnacionalizando bancos se ponen el ahorro y el crédito nacional en manos de la banca extranjera, indemnizando a la ITT y a la Siemens se premia a empresas que estafaron al Estado, devolviendo las bocas de expendio se aumentan las ganancias de la Shell y la Esso, rebajando los aranceles aduaneros se crean empleos en Hong Kong o Singapur y desocupación en la Argentina. Frente al conjunto de esos hechos cabe preguntarse quiénes son los apátridas de los comunicados oficiales, dónde están los mercenarios al servicio de intereses foráneos, cuál es la ideología que amenaza al ser nacional.

Si una propaganda abrumadora, reflejo deforme de hechos malvados no pretendiera que esa Junta procura la paz, que el general Videla defiende los derechos humanos o que el almirante Massera ama la vida, aún cabría pedir a los señores Comandantes en Jefe de las 3 Armas que meditaran sobre el abismo al que conducen al país tras la ilusión de ganar una guerra que, aun si mataran al último guerrillero, no haría más que empezar bajo nuevas formas, porque las causas que hace más de veinte años mueven la resistencia del pueblo argentino no estarán desaparecidas sino agravadas por el recuerdo del estrago causado y la revelación de las atrocidades cometidas.

Estas son las reflexiones que en el primer aniversario de su infausto gobierno he querido hacer llegar a los miembros de esa Junta, sin esperanza de ser escuchado, con la certeza de ser perseguido, pero fiel al compromiso que asumí hace mucho tiempo de dar testimonio en momentos difíciles.



Esquirlas

Por Raquel Robles*

Rodolfo Walsh siempre me hizo pensar en mi padre. Porque los dos están desaparecidos, obviamente, pero también por cosas más concretas o más banales. Los anteojos (que de todos modos parecen haber estado muy de moda en aquella época, por lo que se ve en las fotos de todos los actos homenaje a los desaparecidos), por la pelada incipiente, por la llegada a Montoneros después de un recorrido –él desde el nacionalismo, mi padre desde el PC–, por la edad (mi padre tendría ahora 78 años y Rodolfo 87), que lo separa un poco de la gran mayoría de los muertos por el Terrorismo de Estado. Pero también me lo recuerda por cosas que nunca entendí del todo.

Muchas veces en mi vida quise poder hablar con mi padre sobre la situación política, sobre mi particular inserción en esta trama, sobre qué camino habría que seguir. Sin embargo cuando imagino esas conversaciones el que está sentado del otro lado del escritorio de un hipotético living no es mi papá, es Rodolfo. Estos días, leyendo sus papeles personales –los de Rodolfo– me encontré pensando en él –y en mi padre– de otro modo. No ya como políticos lúcidos,

comprometidos, y sufridos por esa misma razón, sino como hombres. Hombres lidiando con mujeres. Hombres haciendo sufrir a mujeres, hombres gozando con mujeres. Uno nunca –creo o eso me han dicho– piensa en sus padres en esos términos. La puerta del dormitorio queda saludablemente cerrada y entonces lo que es terreno de fantasía se hunde en lo profundo del inconsciente salvándonos de imágenes perturbadoras. Pero Rodolfo no es mi padre, y entonces puedo leerlo, pensar en él y acercarme a mi padre por una tangente menos riesgosa.

Rodolfo está en Cuba. Última noche antes de volverse y se va a buscar a una puta que conoce. No la encuentra, se va con otra. Esta tiene 16 años y al llegar al hotel descubre que está embarazada de siete meses. No logran el sexo. Él no puede. Sin embargo escribe: “Hay pensamientos de placer en la maldad, coger a una niña embarazada de 16 años, empujar hasta el fondo y sentirse un maldito, que se joda, jodámonos todos. Pero *usted es un hombre de conciencia*, me dijo bastante más tarde cuando ya estábamos en la calle.”

Varias entradas de su diario dedicado a Cuba, a su gente, a su proceso y a las putas. Cuando camina sólo por la calle, un poco arrepentido y pensando qué pensarán de él en Agencia si supieran que ha estado con “una muchacha tan negra”, dice sentirse culpable de ese “acto de liberación, de iniciación incluso, porque es la primera vez que una mujer pone su boca en mi sexo, y ella lo ha hecho sin que yo se lo pida”.

Rodolfo tiene 35 años cuando escribe esto. Y claro, es un hombre. Un hombre que también engaña a su mujer y piensa en que le gustaría “no tener que mentirle”, pero igual se ve en una cena con una tal O. y se va a dormir con otra tal M. mientras dice que si le faltara su mujer es como si le faltara una pared a una casa. Hay un escena que me contó tal vez una sola vez mi hermano mayor pero que yo vi en mi mente cientos de veces, en la que mi mamá está en la cocina y llora desconsoladamente porque mi padre otra vez ha hecho de las suyas. Cada vez que conozco a una mujer que conoció a mi padre hay una historia secreta o revelada con pudor en la que él la conquistó. Y a la vez era tan mojigato como para despreciar los estudios de danza de ese mismo hermano o las incursiones por la expresión corporal de mi hermana mayor. Porque una cosa era tener intereses extraños al compromiso político pero tener un compromiso político y otra muy distinta tener intereses tan exóticos y NO tener compromiso político.

En ese enredo, pero consigo mismo, Rodolfo también se debatió. Escribir novelas, para qué, para quién. ¿No son veleidades pequeño burguesas dedicarse a la ficción cuando hay tanto que decir en tiempos convulsionados? Y sin embargo, hasta último momento anduvo mascullando su literatura, sus cuentos, sus proyectos literarios. Qué estaba escribiendo cuando lo mataron, tal vez nunca lo sepamos, pero sí sabemos que junto con la Carta a las Juntas también estaba madurando una ficción. Para Rodolfo todo lo que veía en el mundo podía convertirse en literatura. Todo su pasado, todos los detalles, todas las imaginerías del futuro. Cuando cuenta su infancia en el internado irlandés sabe que ahí puede haber un gran relato. Pero esas anécdotas son talladas con infinita paciencia, maduras en versiones de versiones hasta lograr el golpe magis-

tral que son sus cuentos irlandeses. Nunca se deja seducir por el poder de una historia, sabe que a esa historia se le debe una buena letra, un esfuerzo mayúsculo, se le debe literatura. Hace lo mismo con Operación Masacre, hace lo mismo con cada cosa que toca o se le acerca. Y probablemente hubiera hecho una pieza inolvidable –otra de tantas inolvidables– con su incursión en el sexo pago en una Cuba que estaba empezando a forjarse un mundo nuevo. Pero eso no lo sabremos nunca, claro.

Lo que sabemos es lo que dejó escrito. La primera vez que lo leí tenía 16 años. Mi hermano Mariano me pasó Operación Masacre. Lo leí como si los hechos estuvieran pasando en presente. Una sensación de angustia y coraje en el cuerpo. La última vez fue el año pasado. Un domingo. Los domingos son especiales porque la casa está sin niños. A Juan y a mí nos gusta leer juntos. Él me lee a mí en voz alta. Hace muchos años, cuando iba a la escuela secundaria, veía a mi tía leerle a mi tío el diario entero mientras él le cebaba mate. Es un ritual repetido, entonces. Él no lo sabe, y tal vez yo tampoco, pero está haciendo algo que desde aquellas mañanas en las que yo tenía trece años, estoy esperando.

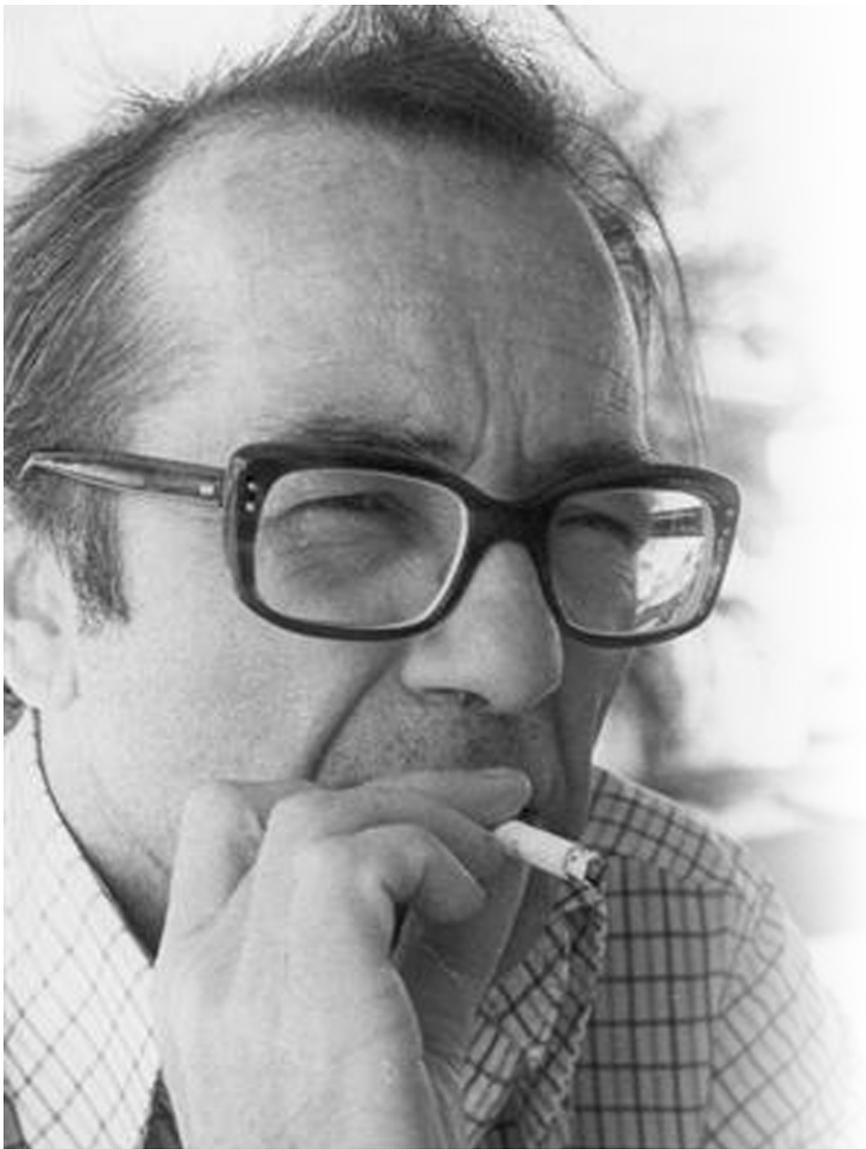
Leímos La Granada, una de sus dos obras de teatro. La leímos entera, así, de un tirón. Con un lápiz negro en la mano. Cuando terminamos nos quedamos un momento en silencio. Leer a Rodolfo siempre es hacer una reverencia al final.

Rodolfo no tuvo miedo de levantar el dedo de la granada. Cuando todo era tan oscuro, cuando los muertos se multiplicaban en cada esquina, cuando su hija, sus amigos, sus compañeros y tantos desconocidos caían y el país se alejaba cada vez más del que había entrevistado en los años de fragor revolucionario, él se abrazó a su carta bomba, a su granada, a su “cólera particular” y estalló en mil pedazos.

Las esquirlas llegan hasta acá. En orientaciones grandilocuentes para periodistas y narradores, en íntimas partículas que me permiten a mí, por ejemplo, pensar en mi padre sin quedarme ciega como Edipo.

* Publicado en Revista Maíz, Operación Masacre. Edición Especial, abril, 2014. Facultad de Periodismo y Comunicación Social





*Time present and time past
are both perhaps present
in time future,
and time future contained
in time past.*

T. S. Eliot, Four Quartets

Cartas de Rodolfo Walsh

diez pistas desde una búsqueda poética

Por Julián Axat

Pista 1

Hace un día que estoy en San Miguel de Tucumán. Vine a presentar un libro de poesía que recoge la escritura de José Carlos Coronel, "Aquello que no existe todavía".¹ De nombre de guerra "Julián", el "Negro" Coronel, se lo conoce como a un militante fascinado por la escritura de Cesar Vallejo, se presentaba levantando el brazo en alto y diciendo "poeta". Proveniente de Tucumán, nacido en 1944,

había estudiado derecho, partícipe de los procesos de radicalización en torno al Tucumanazo, activista cultural, nacionalista católico, ingresó a FAR, luego estuvo preso en Devoto desde 1970 a 1973 cuando fue amnistiado. Más tarde pasó a Montoneros donde fue asignado a distintas zonas de Buenos Aires.² Pero lo que aquí interesa no es tanto la historia de militancia de Coronel, sino el momento de su caída

¹ Libros de la talita dorada, colección Los Detectives Salvajes, 16. El libro fue presentado en la librería Paco Urondo, San Miguel de Tucumán, 25 de abril de 2014.

² Sobre la historia completa de Coronel, véase, Palabras de Rubén Elsinger, 25/4/2014: <http://coleccionlosdetectivessalvajes.blogspot.com.ar/2014/04/texto-sobre-jose-carlos-coronel.html>

el 29 de septiembre de 1976 en capital federal. Las circunstancias son bien conocidas.

El libro que editamos y presentamos en Tucumán rescata los manuscritos y cuadernos que quedaron dando vueltas en manos de sus dos hijas Lucía y María Coronel. Junto a mi álter ego y poeta Juan Aiub, hace tiempo asumimos la tarea detectivesca de buscar y rescatar toda literatura a medio camino, todo fragmento del pasado que el terrorismo de estado se haya tragado de nuestros padres; el trato de tesoro generacional a estos manuscritos perdidos u olvidados es consecuente con el acto de justicia poética de revalorizar la palabra con el que soñamos rediseñar nuestras propias palabras o las del futuro. Pues tal vez –así lo creímos o ilusionamos– en un puñado de versos pueda residir el enigma de una fuerza extraordinaria, la potencia de un misterio generacional que aun no hallamos. Nuestro Aleph o nuestro santo grial...

Pero como decía, lo que me interesaba no era tanto Coronel, sino su evocación para evocar a otra figura. Hace poco menos de tres semanas recibí un llamado de la Facultad de Periodismo de la UNLP, en el que me pedían colaborar en una futura compilación sobre la figura de Rodolfo Walsh. No sabía qué escribir, ya estaba por rechazar el ofrecimiento cuando apareció el viaje a la tierra del poeta Coronel, entonces apareció Walsh. De esto trata lo que sigue a continuación.



defensa acordado, subió a la terraza con el secretario político Molina, mientras Coronel, Salame y Beltrán respondían al fuego desde la planta baja. He visto la escena con sus ojos: la terraza sobre las casas bajas, el cielo amaneciendo, y el cerco. El cerco de 150 hombres, los FAP emplazados, el tanque. Me ha llegado el testimonio de uno de esos hombres, un conscripto: “El combate duró más de una hora y media. Un hombre y una muchacha tiraban desde arriba, nos llamó la atención porque cada vez que tiraban una ráfaga y nosotros nos zambullíamos, ella se reía... He tratado de entender esa risa. La metralleta era una Halcón y mi hija nunca había tirado con ella, aunque conociera su manejo, por las clases de instrucción. Las cosas nuevas, sorprendentes, siempre la hicieron reír. Sin duda era nuevo

y sorprendente para ella que ante una simple pulsación del dedo brotara una ráfaga y que ante esa ráfaga 150 hombres se zambulleran sobre los adoquines, empezando por el coronel Roualdes, jefe del operativo. A los camiones y el tanque se sumó un helicóptero que giraba alrededor de la terraza, contenido por el fuego... De pronto -dice el soldado- hubo un silencio. La muchacha dejó la metralleta, se asomó de pie sobre el parapeto y

abrió los brazos. Dejamos de tirar sin que nadie lo ordenara y pudimos verla bien. Era flaquita, tenía el pelo corto y estaba en camión. Empezó a hablarnos en voz alta pero muy tranquila. No recuerdo todo lo que dijo. Pero recuerdo la última frase, en realidad no me deja dormir. -Ustedes no nos matan -dijo-, nosotros elegimos morir. Entonces ella y el hombre se llevaron una pistola a la sien y se mataron enfrente de todos nosotros.”

Pista 2

Ya mencioné que José Carlos Coronel cae el día 29 de septiembre de 1976; es uno de los militantes montoneros muertos en el enfrentamiento ocurrido la esquina de Yermal y Del Corro, en el barrio de Floresta de la Capital Federal. En el mismo episodio muere la hija de Rodolfo Walsh, Victoria Walsh (“Vicki”), junto a otros tres hombres más. La hija de Vicki, una beba de pocos meses, milagrosamente es la única que se va a salvar y, más tarde, será entregada a la familia.³ En la “Carta a mis amigos”,⁴ Walsh es el cronista del suceso:

“... A las siete del 29 la despertaron los altavoces del Ejército, los primeros tiros. Siguiendo el plan de

Pista 3

Mi viaje a Tucumán está atravesado todo el tiempo por lo epistolario. La pluma de Walsh narra el episodio de aquél 29 de septiembre de 1976 como observador omnisciente. La historia que cuenta aparece todo el tiempo como escondida en el relato de las hijas de Coronel que se aferran a esas palabras como a una tabla de naufragio. Lucía, la más chica es médica recibida en Cuba, vivió diez años allá y

³ Sobre el destino de la niña, lo cuenta el propio Walsh en la Carta a Emiliano Costa, yerno de Walsh y en ese momento detenido. “Al morir Vicki la niña quedó en manos del ejército. Después se la dieron a tu padre. Vicki quería que estuviese con nosotros. Hoy eso no parece posible sin desatar un conflicto familiar cuyas proyecciones son difíciles de calcular...” Rodolfo Walsh, *Ese hombre y otros papeles*, Seix Barral, 1996, Pág. 242/243.

⁴ Rodolfo Walsh, ob. cit., Pág. 243/246.

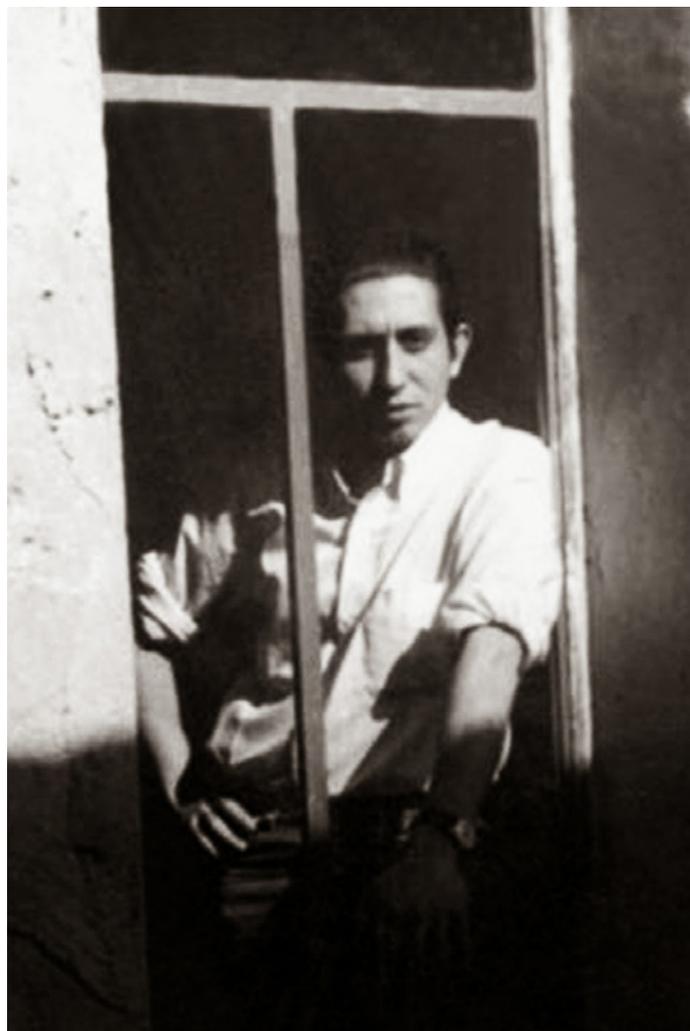
ahora está trabajando en Córdoba, pero con un proyecto cubano de medicina social. Lucía es fresca, divertida, está tan fascinada con los poemas del papá que decidió tatuarse un fragmento sobre su espalda.

En algún momento del viaje, la tabla de naufragio comienza a hundirse, de pronto somos conducidos a las circunstancias relatadas en la Carta entrecruzada a la idea de “versiones”. Pues aun cuando el final de su padre esté relatado por Walsh, me toma por sorpresa, una sensación de distanciamiento.

Lucía me cuenta que esa noche del 29, el cuerpo de su padre fue trasladado junto a los otros cuerpos a la Morgue, y rechazado por los médicos del lugar que olían algo raro. El certificado de defunción de Coronel reza “muerte por arma de fuego”. Su abuela ya fallecida que fue quien le contó, viajó a reconocer el cuerpo de su hijo a Buenos Aires, y cuando llegó vio que el cuerpo tenía un disparo de arma de fuego en la sien. Sin embargo Lucía me transmite como una sensación de descreimiento de lo que su abuela pudo haber visto, y termina diciendo que también se trata de “una versión”. Pero esa versión no ha sido develada aun, los restos de Coronel fueron trasladados al cementerio municipal de Tucumán, y nunca se llevó a cabo una autopsia legal que de precisiones sobre la causa de muerte. Le preguntamos a Lucía al respecto, y nos dice que en realidad nunca se animaron a realizar la exhumación, aunque siga siendo una duda latente que las inquieta. Asimismo menciona “otras versiones” las que no serían desconocidas por el entorno de Rodolfo Walsh, acerca de la existencia de un testigo que, no es el conscripto, y que vio dos cuerpos que fueron hallados en la parte de atrás de la casa, los únicos en posición de haberse quitado la vida disparándose en la sien. Según la versión de este testigo, se trataría de dos hombres, y no una mujer y un hombre, como sugiere el conscripto sobre el que se basa el relato del escritor a sus amigos.

Si bien los cuerpos fueron identificados más tarde, no se sabe en qué posición fueron hallados cada uno de ellos dentro de la casa (no habría un acta o documento policial o judicial que lo corrobore). En la lógica de esa versión, los dos masculinos (entre los que tranquilamente podría haber estado Coronel si se sigue la versión de la abuela) serían los responsables de la célula, por lo que estaba previsto un escenario de escape por atrás rápidamente; mientras, los restantes combatientes ocuparían sus posiciones defendiendo el frente, unos arriba, otros abajo.

No es claro el lugar donde fuera hallado el cuerpo de Vicki Walsh, como tampoco lo es claro el de ninguno de ellos; pero en la versión de ese otro testigo, una mujer no se quitó la vida a sí misma, fueron dos hombres. Salvo en la versión del conscripto, la “otra” versión que me refiere Lucía hace suponer que Vicki Walsh recibió un disparo del enemigo y no que se suicidó. Para el conscripto Vicki se encontra-



ba en la terraza, mientras que su hija (la hija de Vicki de pocos meses) había sido encontrada dentro de un armario. Al menos resulta algo llamativo que la madre ocupara una posición en la planta alta, y no en un lugar cercano a su pequeña hija. El problema es que -en esas hipótesis-, toda *La Carta* se desmorona como castillo de naipes, y con ello la conocida frase “*Ustedes no nos matan, nosotros elegimos morir*”.

La pregunta es si Rodolfo conocía otra versión que controvierde la suya basada en los ojos del conscripto, o si tuvo en cuenta el margen de que apareciera con el tiempo ese otro testigo (como parece que apareció).

Pista 4

“*Ustedes no nos matan, nosotros elegimos morir*”. Me pregunto si un cronista preciso, cuyo método es la duda metódica y la precisión de Operación Masacre para juntar testimonios, es posible que flaquee y surja en el deseo de creencia desde las palabras de un único testigo.

Está su hija y su nieta, es la crónica del final de su hija y una necesidad (épica) para su nieta única sobreviviente. “*Ustedes no nos matan, nosotros elegimos morir*”. Quizás allí radique la clave, ese deseo de creencia, más que deseo historiográfico investigativo o judicial. Es decir, sobre un suelo moviedi-

zo de versiones que podrían contraponerse la Carta como despedida, dolor de un padre, el giro literario sobrante, pero no el efecto performático que resalte las caídas de los otros compañeros, que incluye al mismo Coronel, o a Paco Urondo, y por extensión a toda una generación que asume la vida, pero desafía a la muerte.

Pista 5

Lucía me cuenta que cuando su padre cae, su mamá María Cristina Bustos, estaba en Capital federal escondida con ellas, y quedan a la deriva. Entonces decide acudir a Rodolfo Walsh escribiendo una carta. Desconocemos si ella habría leído la *Carta a mis amigos*. La carta es el medio (o el fin). Le pide al escritor algún tipo de ayuda. Enseguida Walsh intenta ponerse en contacto con ella, a través de distintos compañeros y con el fin (conjetural) de darle cobijo en San Vicente o bien buscar la manera de sacarlas del país.

Ese contacto finalmente no se produce, aunque en esa instancia de acercamiento comienzan a suceder las distintas caídas de compañeros cercanos, y tarde o temprano, el día 14 de marzo de 1977 la de María Cristina con Lucía de pocos meses (María en ese momento, justo era cuidada por otros compañeros). Ambas son llevadas a la ESMA donde Lucía queda en cautiverio varios días, y luego es dejada en la maternidad del Hospital Elizalde, con una nota con sus datos. La familia Coronel enseguida recupera a Lucía y viajan a Jujuy, donde serán criadas por un tiempo por los abuelos paternos.

Nada más se sabrá de María Cristina; sí que fue vista por sobrevivientes de la ESMA. La carta enviada a Walsh nunca se recuperó, pero Lucía intentó reconstruir a través de Lila Ferreyra y Patricia Walsh, alguno de sus trazos que hablaban de la esperanzas de una vida junto a sus hijas. Al parecer, Walsh se sintió sumamente conmovido por la carta, su preocupación era acompañar a la compañera de Coronel, aquel militante caído junto Vicki, quizás creyendo que se trataba del otro que, ante el final, pronunciara la misma frase.

El juego de las cartas que van y vienen. Rodolfo es capturado el 25 de marzo de 1977, once días después que María Cristina y Lucía.

Pista 6

Vuelvo a lo mismo. Si hay otra versión testimonial en la que Vicki es asesinada, y no se suicida, entonces hay un contenido de la Carta a mis amigos que se desmorona, y es el épico: *“Ustedes no nos matan, nosotros elegimos morir”*. Frase que podría haber sido pronunciada por Coronel. Imaginamos que Walsh no tuvo certezas, pero en una de esas imaginó lo mismo que insinuamos.

La charla con Lucía me lleva a leer la Carta varias veces, tratando de entender esa desfiguración épica (en este viaje ya me obsesioné con la carta).

Walsh escribe, *“para explicarles cómo murió Vicki y por qué murió”*. Acá la carta es un ensayo auto y extra- explicativo, de tipo pedagógico, de tipo moraleja, es una enseñanza, una traslación de epopeya.

Después de contar el operativo trasladando su ojo, al ojo del soldado omnisciente, dice: *“Mi*

hija estaba dispuesta a no entregarse con vida. Era una decisión madura-

da, razonada. Es decir, no era un raptó de locura o desesperación, su hija y sus compañeros, entre los que encontramos a Carlos Coronel, hay una lógica de la racionalidad instrumental del acto que Albert Camus, denomina con premeditación literaria levantar la mano contra sí, un ejercicio controlado de auto-justiciamiento, evitando lo inevitable en ya en las manos del enemigo.

Pues *“Conocía, por infinidad de testimonios, el trato que dispensan los militares y marinos a quienes tienen la desgracia de caer prisioneros: la tortura sin límite en el tiempo ni en el método, que procura al mismo tiempo la degradación moral, la delación. El quiebre, es la delación como último escalón de la degradación moral de un cuadro formado. “... Sabía perfectamente que en una guerra de esas características, el pecado no era hablar, sino caer. El sacrificio del hombre nuevo, es el sacrificio cristiano en el cuerpo militante. Llevaba siempre encima la pastilla de cianuro -la misma con la que se mató nuestro amigo Paco Urondo-. Urondo un poeta amigo, a diferencia de Coronel que si bien Walsh menciona al pasar, seguramente desconocía de su pasión por la poesía. “... con la que tantos otros han obtenido una última victoria sobre la barbarie...”*



Pista 7

El viaje a Tucumán está terminando, escribo en el taxi yendo para el aeropuerto. Estuve solo dos días, y en esa breve estadía, convivimos en casa de “La Turca” René; reconocida militante por los derechos humanos, sobreviviente del operativo en el que cayó Paco Urondo en Guaymallén. Recién antes de salir estuvimos con Lucía y Juan tomando mate en el parque de atrás de la casa, la presentación del libro de poemas de Coronel fue emotiva, estuvieron además de sus hijas como anfitrionas, sus amigos de Hijos, casi toda la militancia de Tucumán. Se leyeron los versos a viva voz. Rubén Elynger, compañero de los primeros tiempos en Tucumán hizo una extensa semblanza del poeta hasta llegar al operativo del 29 de septiembre. ¿Encontramos a José Carlos Coronel? Yo en realidad siento que gracias a Coronel cada vez más me acerco a Rodolfo Walsh.

Pista 8

De pronto me doy cuenta que estoy en las mismas pistas que mi compañero, el cineasta Nicolás Prividera, quien quiso llevar a cabo la película sobre el operativo en la calle del Corro, y se quedó en el intento. Ese intento devino los Films “M” y “Tierra de los Padres”. Suelo polemizar con Nicolás en lo que él llama –hegelianamente- la “Historia” usando mayúsculas, sus apuntes me sirven para re-pensar *la Carta* desde otro lugar. Nicolás se mete dentro de la Carta a discutir con Walsh, algo que nosotros intentamos infructuosamente más arriba, pero él lo pretende hacer desde la “H”, el especial lugar que significa ser Hijo frente a la Historia (tomo sus apuntes para el rodaje que solo pocas personas conservamos):

“... Pensar en el suicidio como última victoria me hace entenderlo como la aceptación del camino sin retorno que habían tomado. Los que fueron fieles – hasta el fin- con la consigna de “Libres o muertos”... En cuanto a los otros, los que firmaban esa (y otras) sentencias pero *eligieron* la vida ¿Qué decir de esta carta, contemporánea de ese texto? No puedo decir que el dolor lo cegaba: Su estilo es límpido, como siempre) *he reflexionado sobre esa muerte. Me he preguntado si mi hija, si todos los que mueren como ella, tenían otro camino* (Curioso cambio temporal: Los que mueren, tenían otro camino: Tenían, pero han elegido el único que no tenía retorno). *La respuesta brota desde lo más profundo de mi corazón* (Y entonces es el corazón el que responde, mas allá

de la meditación) *y quiero que mis amigos la conozcan. Vicki pudo elegir otros caminos que eran distintos sin ser deshonrosos, pero* (Otra vez los caminos, equivocados todos, porque) *el que eligió era el más justo, el más generoso, el más razonado* (Justo y Generoso son categorías que no pueden cuantificarse, pero *razonado*... Aunque es claro que la enumeración conduce precisamente a ese término: No está puesto ahí por casualidad, devuelve a la muerte al espacio de la entrega, al martirio). *Su lúcida muerte es una síntesis de su corta, hermosa vida. No vivió para ella, vivió para otros, y esos otros son millones.* (Aquí la alegoría cristiana es transparente, y me hace desconfiar tanto como si le hubiera antepuesto un “volveré y...”.) *Su muerte sí, su muerte fue gloriosamente suya* (Elegir la muerte se confunde con “dar la vida”, y funciona como un modo de arrebatársela a los asesinos, de imaginar –con ayuda de la Épica- la muerte digna del héroe), *y en ese orgullo me afirmo y soy quien renace de ella.* (Eso dijeron después las madres: “Fuimos paridas por nuestros hijos”, afirmaron. Y eso lo entiendo: Transformar esa inversión –que el hijo muera antes que el padre- en conversión...) Walsh también eligió su camino (marcado entre cartas escritas para quien no podía leerlas –su hija, la Junta-: cartas del porvenir). El camino tenía un solo destino. No podía irse ni dejar de escribir, porque eso hubiera sido huir, y él quería dar testimonio (pero el diario era demasiado íntimo: prefería las cartas. Un modo de hablar por todos sin renunciar a su propia voz)...”⁵

A diferencia de la ensayista Beatriz Sarlo,⁶ quien directamente habla de la *Carta* como mecanismo de “la voluntad de estetizar la muerte” por medio del uso de la violencia; Prividera en su diálogo dentro de la Carta, reconoce el único destino posible de Walsh a partir de la muerte de Vicki; la propia encerrona que se juega a sí mismo en un testimonio final lúcido, como la tercer carta, la síntesis epistolar de la tríada que conforman el punto de inflexión de su escritura, al punto de unirse escritura y vida. La resistencia de Vicki no puede ser leída como un canto a la épica tanática, más cuando es Walsh quien realiza esa crítica a su propia organización.⁷

La *Carta a mis amigos* es un tránsito, una antítesis, entre tesis (*Carta a Vicki*) y síntesis (*Carta a las juntas*). El tránsito es un proceso de ascesis personal, un renacimiento (la muerte de Vicki “fue gloriosamente suya, y en ese orgullo me afirmo y soy quien renace en ella”);⁸ no una operación premeditada en el campo del arte y la política, que, en todo

⁵ Restos, un hijo de desaparecidos en búsqueda de su Historia. Texto inédito.

⁶ Beatriz Sarlo. “Una alucinación dispersa en agonía”. En Punto de Vista, n° 21. Agosto de 1984, p. 1-4.

⁷ Como dice su biógrafo Eduardo Jozami “Walsh reclamaba inútilmente a la conducción de Montoneros el abandono de la estrategia militarista, por eso creyó en la necesidad de la violencia -como buena parte de la militancia de la época- para enfrentar una política que desde 1955 se apoyaba en la activa presencia de las Fuerzas Armadas en el gobierno y la represión, pero los textos citados de su correspondencia a la conducción de Montoneros muestran que en su razonamiento la política ocupaba el lugar central”. Y yo agrego, que en esa perseverancia, mal podría estetizar la muerte de su propia hija justificando un sesgo hacia la violencia, cuando la criticaba como desvío militar, en un viaje sin retorno funcional el espiral del terror.” Véase Rodolfo Walsh, *Ese hombre y otros papeles*, Seix Barral, 1996, Pág. 241/242.

⁸ Sobre el proceso de ascesis, véase Daniel Link, *Negatividad, Clases literatura y disidencia*, Norma, 2005, pág. 303.

caso, serán éstas como campo específico la encargadas de cincelar el mito del escritor comprometido luego de su desaparición.

9

Como dijimos, la *Carta a mis amigos*, no puede ser entendida sin la otra carta, *Carta a Vicki*.⁹ De ella solo extraigo esta frase: “... *Nosotros morimos perseguidos, en la oscuridad...*”, y la comparo con la que Walsh coloca en boca de su hija “... *nosotros elegimos morir*”. Se duda si la primera carta es del 24 o 29 de diciembre de 1976, es decir, al cumplirse tres meses de la muerte de Vicki. La segunda fue rescatada de la ESMA por un sobreviviente. La imagen que percibo es la de aquellos que mueren en la noche o aquellos que mueren en la luz.

Percibo un deseo de “creer” en formas de encontrar un final. Como padre (perseguido sin margen de elección) y el del hijo (en el mínimo margen de elección). Dos formas generacionales de morir, dos formas trágicas y dos épicas diferentes ante el enemigo. La alucinación que describe sueño final de la carta a Vicki parece una imagen tomada de T.S. Eliot: “*Anoche tuve una pesadilla torrencial, en la que había una columna de fuego, poderosa pero contenida en sus límites, que brotaba de alguna profundidad*”. En esa alucinación (un hombre en el tren le anuncia algo)

Walsh es como el Ángelus Novus, parado frente a las cenizas de la Historia nacido desde las cenizas de su hija;¹⁰ él tiene la certeza que nunca podría sobrevivir a su hija, se siente condenado aun cuando pueda extender o proyectar su permanencia en el mundo, ya no como militante o escritor, sino como hombre. La carta a Vicki ensaya un diálogo con los muertos y es anticipatorio, a través de la alucinación revela su propio final. El “*Ustedes no nos matan, nosotros elegimos morir*”, más allá de la idea de versiones contrapuestas o abiertas, yo la entiendo como parte de una necesaria creencia para poder sostener su despedida, y no como acto de especulación en la fundación del propio mito.

Es la literatura que asume forma de vida, y no una mera posición formal esteticista que queda solo como literatura. Algo así me dice Juan Aiub, en un

mail titulado “Walsh a través de Coronel”. Dice: “... Es como si en RW siempre se hubiesen disputado el cronista y el poeta y recién ante la cercanía de la muerte, el poeta aparece en la carta, paradójicamente para desaparecer. Las licencias poéticas con la muerte de su hija, le abren las puertas de la percepción de su muerte...”.

Pista 10

Con la *Carta a Vicki*, Walsh muere alucinado (como poeta). La *Carta a mis amigos*, lo revive en su hija como acto de pura entrega sin especulación o retorno (“Pudo elegir otros caminos... pero el que eligió el más justo, el más generoso, el más razonado”). Para dar paso a su acusación catilinaría, la *Carta abierta a la Junta* (el acto intelectual más brillante producido durante la dictadura.

Al momento de desaparecer este proceso del escritor se borra para dar nacimiento a un mito que lo excede, receptado por la academia, los organismos de derechos humanos, los seguidores de Walsh en la literatura y en la crónica. Las contradicciones o perplejidades, tratan de volver a interpelar los hechos sobre el que se apoyan la(s) carta(s), no para refutar un sistema de versiones que Walsh da por sentado (Vicki suicidándose) y que –como vimos– está lleno de zonas oscuras. Se trata de abrir una hermenéutica que deleve el misterio que contiene como final vida fundida como obra, algo así como la deconstrucción del *ready made* Walsh no querido.¹¹

La pregunta que me hago en el final de este viaje a Tucumán, es la misma que se hacen las hijas de José Carlos Coronel o la que se hace mi álter ego Juan Aiub sentado a mi lado en Aeroparque (acabamos de aterrizar en Buenos Aires). Los detectives salvajes recogemos versiones como pistas sobre las que descansan leyendas y mitos de escritores o poetas a medio hacer. Por eso los buscamos o ahí reside el deseo de búsqueda. Coronel tiene un verso que nos interpela como generación y me recuerda al legado de Walsh por fuera del mito del escritor desaparecido y su obra: “... *a vos te hablo que te quiero tanto / mata a tus padres yo te daré el poema*”.¹² Muere Coronel y Vicki, re-nace Rodolfo. Muere Rodolfo y nacemos de las cenizas de la *Carta abierta*.

⁹ “... Querida Vicki: La noticia de tu muerte me llegó hoy a las tres de la tarde. Estábamos en reunión cuando empezaron a transmitir el comunicado. Escuché tu nombre, mal pronunciado, y tardé un segundo en asimilarlo. Maquinalmente empecé a santiguarme como cuando era chico. No terminé con ese gesto. El mundo estuvo parado ese segundo. Después les dije a Mariana y Pablo: “era mi hija”. Suspeñé la reunión. Estoy aturrido. Muchas veces lo temía. Pensaba que era excesiva suerte no ser golpeado, cuando tantos otros son golpeados. Sí, tuve miedo por vos, como vos por mí, aunque no lo decíamos. Ahora el miedo es aflicción. Sé muy bien por qué cosas has vivido, combatido. Estoy orgulloso de esas cosas. Me quisiste, te quise. El día que te mataron cumpliste 26 años. Los últimos fueron muy duros para vos. Me gustaría verte sonreír una vez más... No podré despedirme, vos sabés por qué. Nosotros morimos perseguidos, en la oscuridad. El verdadero cementerio es la memoria. Ahí te guardo, te acuno, te celebro y quizás te envidio, querida mía. Hablé con tu mamá. Está orgullosa en su dolor, segura de haber entendido tu corta, dura, maravillosa vida. Anoche tuve una pesadilla torrencial, en la que había una columna de fuego, poderosa pero contenida en sus límites, que brotaba de alguna profundidad. Hoy en el tren un hombre me decía: “Sufro mucho. Quisiera acostarme a dormir y despertarme dentro de un año”. Hablaba por él pero también por mí...”

¹⁰ María Moreno es quien mejor ha analizado esta relación épica, del padre que renace de la muerte de la hija, véase “Poner la hija”, Boletín de la Biblioteca del Congreso de la Nación, 120. Buenos Aires, 2000.

¹¹ Celina Artigas, encargada de recopilar los textos que vayan en un futuro libro sobre Rodolfo Walsh, me escribe un mail y me pregunta cómo vengo con lo mío. Me copia una cita del escritor Juan Forn, en la que dice algo que viene como anillo al dedo a lo que estoy escribiendo: “... si esperamos más elocuencia aun de su figura (digo, más elocuencia de la que ya hay en la suma de páginas que escribió a lo largo de su vida) hará falta alguien que dialogue con la leyenda hasta deconstruirla, intentando hasta donde pueda reflejar el propósito que tenían los actos de Walsh antes de que se amplificaran épicamente, a la luz de lo que le sucedió después, y mostrando todas las facetas (no sólo las etapas sino las facetas) de esa milimétrica evolución, incluyendo especialmente las que plantean más contradicciones o perplejidades. Es fácil decirlo, por supuesto: por esa misma razón (la distancia que va del dicho al hecho), el gran libro que tantos esperamos sobre Rodolfo Walsh aún no ha sido escrito...” *Irlandeses detrás de un escritor*, Suplemento Radar, Página/12, 2271/2002.

¹² En “Aquello que no existe todavía”, la talita dorada, LDS, Pág. 37.

Nos toca profanar, des-hacer el mito sobre el vacío. Deconstruir sobre el suelo de versiones y silencios, fragmentos, diarios y biografías. Tal la tarea del detective sobre las pistas aun perdidas o halladas. Encontrar lo humano en el artificio y viceversa. Escribir sobre Rodolfo Walsh ya no volviendo al Rodolfo Walsh pasteurizado. Trazar el recorrido desde el lugar equidistante, buscando al poeta que Walsh no supo era poeta.

A esta altura estoy bastante ensimismado, y vuelvo a la *Carta a mis amigos* de Walsh, en el mensaje para Lucía y María y del que se sostuvieron por mucho tiempo para duelar a un padre que no conocieron, aunque ahora tengan un puñado de poemas en forma de libro. Lucía me contó sobre su trabajo, entonces surge como un destello y salgo de mi ensimismamiento. Ella ya había hablado de sus estudios de medicina en Cuba y de la delegación de médicos cubanos que desde distintas fundaciones hacen medicina preventiva y oftalmológica para gente de la tercera edad en las villas de la ciudad de Córdoba. De lo que no me había percatado era del tipo de trabajo militante que hacía Lucía. Formada en la línea del "Che", su tarea cotidiana consiste en salir a buscar a sus pacientes entre la gente humilde, y por medio de una sencilla intervención quirúrgica, devolverles la vista. Lo que me llamó la atención es la estadística que maneja; de las personas mayores de 60 años

de todo un barrio cordobés, un 70% puede tener todo tipo de problemas de visión, desde cataratas a presbicias, pasando por hipermetropías y astigmatismos, etc. Lucía y su pequeño equipo de médicos hacen el relevamiento inicial, y después practican las breves intervenciones con cirugía láser. De un día para otro, las personas recuperan la vista. Algo que es un negocio para la corporación oftalmológica argentina, y un elevado costo para la tercera edad de la clase media y alta; ellos lo practican como una función social solidaria en forma masiva y gratuita. La tarea es casi anónima, invisible, de hormiga. El gobierno argentino apoya, pero sabe que la corporación médica no quiere largar su negocio, por lo que Lucía y su equipo se mueven en silencio, pero llevan más de 36 mil intervenciones. El resultado es tomado como un milagro, cantidad de gente mayor entregada a una visión borrosa del mundo, naturalizada a ver con un ojo; o, simplemente postrada por haber perdido la vista, vuelven a nacer.

La función del poeta es abrir las puertas de la percepción. La función de dar luz, "iluminar". Eso seguramente lo sabían José Carlos Coronel y Rodolfo Walsh que habían leído a William Blake y a Rimbaud. Lucía con 37 años, cumple la función de la poesía. Y ese es el legado de su padre. Tal vez un legado parecido, así de simple y así de ascético, debo buscar en Rodolfo Walsh.





El refugio de Norberto Freyre*

Por Patricia Serrano

La casa está en un barrio olvidado de San Vicente. Alguna vez fue el proyecto de un barrio obrero, pero con el tiempo los terrenos que iban a ser destinados a una plaza y a un centro de salud fueron ocupados. En el barrio El Fortín, la plaza más cercana está a más de diez cuadras y para llegar al hospital hay que atravesar todo el pueblo. Las calles son de tierra seca que llena de polvo las casas o de barro y agua que las ensucia. El único servicio básico que todos comparten es la electricidad. Cuando Norberto Freyre vivió en esa casa, ni siquiera había luz.

Por tres meses, Freyre fue un vecino más del barrio. La casa la compró con el mismo documento que había utilizado para escribir "Operación Masacre", cuando por primera vez sintió la urgencia de una identidad falsa y papeles apócrifos. Más de quince años después ese documento permitió a Rodolfo Walsh ser Norberto Freyre otra vez, en San Vicente. La última casa de Walsh y la primera y única que fue suya después de varias mudanzas obligadas, está hoy ocupada por una familia desde hace más de 30 años. La Municipalidad de San Vicente la declaró

"Patrimonio Cultural, Histórico y Arquitectónico" de ese distrito en 2008. Existió un proyecto de ley nacional para expropiarla y convertirla en museo de memoria, pero perdió estado parlamentario sin llegar a ser tratado nunca. Hoy, un proyecto en la legislatura bonaerense, vuelve a declararla sitio histórico.

Que el último refugio de Walsh esté ocupado por una familia con muchos niños no resulta paradójico. Que esa casa esté ligada a un policía bonaerense, quizá sí. Y que esa familia no quiera enterarse de la historia de fuego cruzado y el secuestro de sus últimas palabras escritas, también. La caída de la casa Freyre todavía no fue contada. En papeles de la Agencia de Recaudación de la Provincia de Buenos Aires (ARBA) y en la Dirección de Rentas de San Vicente, Norberto Freyre sigue siendo su único dueño y deudor.

La casa de San Vicente fue el lugar en que Walsh se replegó del mundo cercado de la gran ciudad cuando el gobierno militar todavía no había cumplido su primer aniversario. Sin la esperanza de ser escuchado, con la certeza de ser perseguido pero fiel al compromiso que había asumido mucho tiempo antes, dedicó

los últimos tres meses de su vida a la literatura y el periodismo, a dar testimonio en momentos difíciles. Si el único cementerio es la memoria, la casa Walsh todavía no tiene un lugar para ser recordada.

La ocupante

María Sala lava ropa en el patio de su casa. Detrás, los altísimos eucaliptos no se mueven. Es verano y en la casi media hectárea de los cuatro terrenos sólo unos pocos metros están ocupados por la casa de ladrillos rojos, de techo bajo.

Si fuera invierno y lloviera, María tendría que caminar más de diez cuadras de calles empedradas hasta llegar al asfalto, justo enfrente de la vieja estación de tren de San Vicente. Hace treinta años también había que caminar esas calles empedradas. El barrio no cambió mucho desde entonces. Siguen las calles de tierra apelmazada, las vías del tren. Pero hay más casas, pequeñas prefabricadas y ranchos de chapa de cartón. Nuevas familias pobladas de niños que ocupan terrenos baldíos.

María escucha el grito de un chico de unos 16 años, morocho, flaco.

- Mamá, golpean.

Se seca las manos grandes y brillosas de lavandina y jabón blanco. Camina hasta el portón de su casa tapiada de ligustrinas. No dice nada. Camina con la mirada fija en el portón de dos hojas encadenadas.

María cierra el candado, levanta la vista, se refriega las manos brillosas, tira hacia atrás su pelo negro y corto. Y repite un discurso dicho muchas veces.

- Yo no sé nada de ese hombre y no me interesa. Si quieren pueden tomar fotos desde la calle, pero acá no entra nadie más.

María se acostumbró a que de vez en cuando llegue gente interesada por la historia de un hombre que vivió tres meses allí en un tiempo remoto. Hubo una época en que los dejaba pasar y tomar fotos en el patio, donde hace más de treinta años había un aljibe seco y una pequeña huerta.

En verdad nunca fueron muchos los interesados en la casita de San Vicente, al menos hasta ahora. Pero María se asustó. Que quieren sacarme de acá. Que quieren hacer un centro cultural. Expropiar los terrenos. Declararlo monumento histórico.

- Hasta me ofrecieron plata. Algunos me la quisieron comprar. Pero no cambio esta tranquilidad por nada.

Ni ella ni los vecinos del barrio El Fortín supieron hasta bien entrados los '90 quién había vivido poco menos de tres meses en esa casa. Sólo sabían que una noche de marzo del '77 llegó la armada y la destruyó. Dicen que eran extremistas.

La casita de San Vicente era el lugar en que Walsh se replegaba del mundo cercado de la gran ciudad, en su camino hacia al sur, con escala en el primer pueblo con agua. El refugio en que dedicó sus últi-

mas noches sin luz ni agua ni cloacas a la redacción de la Carta Abierta de un Escritor a la Junta Militar.

Para María es más simple. Un hombre que vivió tres meses, y sólo tres meses, en una casa en la que ella vive hace más de treinta años. Fin de la discusión. La casa es de ella y fue de su madre y será de sus hijos. A pesar de los impuestos y de los títulos. A pesar de que la familia Sala se metió en esa casa cuando supo que ya nadie vendría a reclamarla.

- Esta casa estaba destruida. Nosotros la arreglamos. Es nuestra casa- María sentencia. Fija la vista más allá del portón y del campo de enfrente. Asegura que tiene que irse a trabajar. Da media vuelta. No se despide. Camina hasta la pileta del patio con eucaliptos y vuelve a mojar sus manos brillosas con espuma blanca.

Este sábado 25 de marzo probablemente las ventanas de la casa Freyre estén cerradas, con la luz apagada, cuando la marcha que reclama rescatar la memoria del pueblo, que sea un espacio de cultura y preservación de la historia, llegue hasta su portón de madera blanca. La calle que caminaba Freyre hoy lleva el nombre Rodolfo Walsh y un camino recorrido que empezó con unos pocos hombres que se animaron y hoy son cientos.

De la casa de San Vicente se robaron y hoy están desaparecidos tres textos: "Ese hombre" -un relato que fue reconstruido a partir de seis versiones, ninguna completa, rescatadas del saqueo y publicado con el título "Ese hombre y otros papeles personales" por Ediciones De La Flor en 2006-; "Juan se iba por el río" -Walsh leyó ese cuento, que antes iba a ser novela, a Lilia Ferreyra. Martín Grass asegura haberlo leído en la ESMA, entre otros textos robados del escritor- y "Carta a Vicky", texto luego reconocido y rescatado por un sobreviviente de la ESMA.

Último tren

Llueve en San Vicente. Norberto Freyre camina sobre el plástico que envuelve sus zapatos marrones. Los entierra en el barro apenas cruza el portón de su casa y se pregunta si es posible que en estas dos cuadras de barro y sin veredas pueda llegar a ensuciarse también el pantalón. Seguramente sí. Ahora saluda a Carlos, el vecino de la esquina, que también va a tomar el tren de las 12 en la estación. Unos cien metros más y se suma Moreno. Otro para el tren de las 12 de la noche. Deciden caminar una cuadra más por el barro de la calle y después subir a la vereda, un poco más transitable.

Algunas veces, en los días soleados, Norberto prefiere el camino de las vías del tren. Media cuadra hasta la esquina de su casa, dos cuadras hasta las vías y desde ahí hasta la estación saltando tablones de madera.

Mientras caminan, Moreno empieza a quejarse del estado de los trenes y el miedo de su joven mujer que lo espera en casa hasta tan tarde. Parece que Moreno también tiene miedo a veces, aunque hasta ahora nunca le haya pasado nada.

– Hace unos días pararon el colectivo en Capital. Nos hicieron bajar a todos y se llevaron a dos pibes y una chica. Los metieron en unos autos y nos ordenaron subir otra vez al colectivo. Seguimos viajando, como si nada.

Moreno espera alguna respuesta, quizás algo que no le haga sentir miedo, quizá compartir experiencias similares. Pero Freyre lo mira y no dice nada. O mejor sí dice algo, que nada tiene que ver ni con los militares ni con las injusticias.

– Va a dejar de llover.

Lo dice como una sentencia. Algo definitivo. Moreno es peronista. Toda su familia es peronista y ahora piensa que nunca más va a hablar con este profesor de inglés sobre esas cosas; debe estar del otro lado, debe ser uno de ellos. Se persigue. Piensa en el hijo de un vecino del barrio, escondido hace varios meses.

Norberto Freyre no era nada eso. En el barrio salía a hacer las compras con su compañera, Lilia, y un carrito para las bolsas, saltando en el tramo de ida, encajándose a la vuelta en la tierra por el peso de las bolsas. Los vecinos conocían y saludaban a este profesor de inglés, jubilado, con ese extraño sombrero de paja. Había propuesto que unos terrenos baldíos se utilizaran para construir una plaza y hasta se sumó a una protesta de vecinos frente a la Municipalidad de San Vicente para reclamar por la falta de luz.

Ahora ya están en la estación. El tren acaba de llegar, la locomotora es desenganchada y dirigida hasta el final de la vía para dar la vuelta, ser colocada en el extremo opuesto y volver a Capital. En la estación hay dos carteles: “trenes para afuera” y “trenes para adentro”. Adentro significa Capital Federal. Afuera cualquier pueblo del interior. Norberto apaga su cigarrillo en una de las escupideras llenas de un líquido marrón espeso y siente el olor del fluido Manchester, el desinfectante que cada mañana es arrojado en el piso de madera de la vieja estación.

Durante tres meses, Freyre viajó desde San Vicente a Capital varios días a la semana. Cuando estaba en el pueblo se encargaba de la casa, preparar la tierra para la huerta que estaría en el fondo,

pensar en las dos hileras de álamos plateados que planeaba para la entrada, llegar caminando hasta la laguna. Pero sobre todo, escribía. La cercanía del agua siempre fue importante en su vida: de chico vivió cerca del río en una estancia de Río Negro y antes de llegar a San Vicente vivió en varias casas del Delta bonaerense.

La casa en este pueblo fue comprada con dinero prestado por su primera mujer, Elina Tejerina, madre de María Victoria y Patricia Walsh. Necesitaba algo barato pero que estuviese conectado con Capital y cerca del agua. El viejo Matute, dueño de una inmobiliaria del pueblo, se la vendió a un precio módico.

Por las noches, Freyre podía ver las estrellas reventarse contra sus ojos y señalar las constelaciones. La noche en San Vicente era más oscura que la del Tigre, quizá tan negra como las de su infancia en Choele-Choel, con la única luz de la lámpara a kerosén.

El verano era cálido. Habían llegado en enero y soportado las lluvias, el barro en los zapatos, los mosquitos por la noche. Tal vez pasar el invierno fuera más difícil, pero el barrio le gustaba. Los vecinos eran amables y no preguntaban demasiado. Freyre era uno más, decía buenos días y buenas tardes camino a su casa y según la hora. Hablaba de historia y de la posibilidad de la plaza. El Fortín era un barrio obrero en crecimiento, con todo un futuro incierto a desandar. La mayoría de las familias eran jóvenes recién casados con hijos pequeños o en proyecto.

A veces se asombraba por las palmeras salteadas. Se podían ver cada par de cuadras, detrás del techo de alguna casa, pero nunca en las veredas. En su casa también había una, todavía hay. En ese tiempo, San Vicente era un pueblo que ya había dejado de ostentar palmeras en su plaza principal y en las calles del centro. Quedaban algunas en los campos y en calles alejadas. Hoy pocos recuerdan las palmeras, la mayoría ni siquiera sabe que alguna vez fueron lo que hacía al pueblo distinto de tantos pueblos iguales del interior, como la quinta de Perón y su mausoleo; o como podría ser ahora la casa de

Freyre.

Aldo Rodríguez vive a dos cuadras de esa casa, desde toda la vida. Y sí recuerda. Tiene 80 años y un traje guardado en una bolsa de tintorería.

– Lo veía pasar por acá, hablábamos poco, era un buen vecino. Usaba el mismo traje que yo. Lo habría comprado en la misma tienda. Se llamaba Spencer y estaba en la esquina de Cabildo y Juramento.





El saco que guarda desde que supo que Freyre era Walsh es el saco de las fotos más conocidas, marrón opaco, de solapas duras. Aldo también recuerda las palmeras taladas en todo el pueblo, por orden de un intendente que quiso combatir de esa forma una invasión de ratas. Y a Evita galopando en una yegua por la calle de tierra que ahora es Triunvirato o Rodolfo Walsh.

Freyre sube al tren, se sienta del lado de la ventanilla, ve desfilar los árboles del campo y en veinte minutos ya empiezan las casas cada vez más seguidas; en una hora más estará en Capital, volverá ya entrada la noche y Lilia lo estará esperando, cenarán juntos, mirarán el cielo. Y después seguirá con la transcripción a máquina de la Carta Abierta de un Escritor a la Junta Militar. Faltarán pocos días para que sea asesinado y la casa de San Vicente quede destruida, sin la huerta y sin los álamos.

El policía retirado

Rubén Sala ya no es policía bonaerense, ahora conduce un remis en Alejandro Korn, la segunda localidad de San Vicente, y se preocupa por lo que pueden inventar “estos de los derechos humanos”.

Rubén es alto y morrudo. Vive en San Vicente, a unas veinte cuadras de la casa de Norberto Freyre o María Sala, su hermana, y recuerda en el patio de su casa sin rejas que “todo esto” fue culpa de su madre, muerta hace varios años.

- Viste cómo son las viejas cuando se les mete algo en la cabeza.

Las viejas cuando se obsesionan con una idea son, en este caso y según Rubén, mujeres que quieren ocupar una casa abandonada y acribillada por la armada. Y él es el hijo policía que la acompaña y ayuda a levantar las paredes caídas.

Rubén fue policía durante 32 años. En el '78 o unos años más, no recuerda bien, este policía decidió hacer caso a su madre y organizar la mudanza de parte de la familia a la casa de Norberto Freyre, en el mismo barrio y a pocas cuadras de la casa en que vivía con su mujer junto a su madre y hermanos. Así todos iban a estar más cómodos. Cada fin de año

y navidad la familia Sala pasó las fiestas en el gran parque de Triunvirato al 900, hoy Rodolfo Walsh.

A Rubén, como a María, tampoco le gusta hablar de esa casa. Dice que hace años que ni siquiera visita a su hermana, que no sabe cómo está la casa ahora, que no tiene nada que ver ni él ni su familia. Pero sigue preocupado.

-Tengo miedo. Viste cómo son los de Derechos Humanos, con esto de que soy policía retirado pueden hacer cualquier cosa, inventar.

Cuando Rubén tiene que explicar qué podrían inventar esos de los Derechos Humanos, arquea las cejas duras y mira el cielo gris invierno de la tarde en San Vicente. Detrás de su ancha espalda está su casa de ladrillos sin revoque ni barniz.

Otra vez el cielo. Y después de frente.

- No quiero declarar, no tengo nada que ver con esa casa.

Pero tiene. Su madre vivió ahí hasta el día de su muerte. Ahora vive su hermana. Sus brazos levantaron paredes y cortaron malezas.

Rubén camina hacia su casa. Se da vuelta.

- Hubo dos bandos y ahora están buscando venganza.

La hija

La primera vez que Patricia Walsh llegó a esa casa fue el 26 de marzo de 1977. Walsh iba a conocer a su primer nieto varón, Mariano, el segundo hijo de Patricia. Para ese entonces, ya había muerto la hija mayor, Victoria, también montonera, en lo que hoy se conoce como el combate de la calle Corro.

Esa vez Patricia iba en la parte trasera del Ami 8 verde loro, con su hija de tres años y el bebé. Adelante, su marido de entonces Jorge Pinedo y Lilia Ferreyra. Walsh debía esperarlos con el fuego encendido para el asado que compartirían para celebrar el nieto, la carta finalizada y enviada y el cuento Juan se iba por el río, también listo desde hace poco. Unas cuadras antes no se veía el humo y, aunque no lo supo en ese momento, ahora Patricia sabe que fue la primera señal de que algo no estaba bien.



Del Ami 8 se bajó Lilia y regresó corriendo y gritando “la casa está toda tiroteada”. Patricia pensó que iba a morirse, que iban a matarlos a todos y puso a sus dos hijos sobre el piso del auto, que empezó su carrera hacia delante, a campo traviesa, hasta que sin saber cómo encontraron una calle de tierra que desembocaba en una ruta, la ruta 6, que pasa por detrás de San Vicente.

Unos diez minutos antes de que ellos llegaran se había retirado el GT .3.3.2 de la Marina. El operativo comenzó a la madrugada con la detención de Matute, el dueño de la inmobiliaria de San Vicente que vendió la casa a Rodolfo Walsh. La casa nunca hubiese sido hallada si Matute no hubiese distinguido a Freyre en medio del gentío en Constitución, en la tarde del 25 de marzo del '77, y si no le hubiese entregado el boleto de compraventa.

Hacia unos días que tenía el boleto y esperaba cruzarse a Freyre para dárselo. Ese día, Freyre lo guardó en su maletín. Al fin era suyo ese lugar tranquilo “en donde nada es demasiado difícil, donde no se gasta demasiado tiempo en labores domésticas, viajes innecesarios, en comunicarse con los demás. Un lugar más bien agradable para vivir, porque tenés que estar ahí muchas horas al día. Todas tus cosas están ahí, tus libros, tus archivos, tus papeles”.

La historia que sigue ya fue contada muchas veces: Walsh cae en una emboscada, una cita cantada, se defiende con su revólver Walther PPK calibre 22 y es asesinado. El grupo de tareas de la ESMA encuentra el boleto de compraventa guardado en el maletín y esa madrugada acribilla la casa de San Vicente. Walsh estaba muerto, Lilia no estaba. Destruyen todo y roban su obra inédita.

Pero antes se confunden de casa. Sale una mujer en camión con una nena en brazos llorando. La

casa de Freyre es la que sigue, no esa. Los vecinos que se asoman son obligados a volver a sus casas. Las familias del barrio no duermen esa noche. Los nenes lloran. Las madres se esconden con ellos debajo de sus camas.

Algunos, muchos años después, aseguran que había camionetas de los militares en diez cuadras a la redonda. Otros dicen haber visto tanques de guerra, escuchado la explosión de granadas. Nada parece exagerado en un barrio donde aún hoy el mayor ruido es producido por el viento en las hojas de los álamos, un ruido como de lluvia fina. Freyre había pensado plantar una doble hilera de álamos en el frente de la casa para escuchar ese ruido por las noches.

Durante más de seis horas la casa de Freyre es acribillada. Cerca del mediodía se van los militares y Roberto Moreno, vecino del barrio, entra en la casa. Lo primero que ve es una pared caída y en el baño las marcas del lavatorio arrancado y desaparecido. Cenizas en el patio del fondo, nada distinguible, salvo el cartón de una caja de cigarrillos 43/70. Ya no queda nada.

**Una primera versión de esta crónica fue publicada en 2010 en el diario Crítica de la Argentina, revelando la ocupación de la casa por parte de la familia de un policía bonaerense, actualmente retirado. Por esta crónica, la autora declaró como testigo por lo querrela en la Mega Causa de la ESMA. En 2011, el Tribunal Oral Federal 5 condenó a prisión perpetua y penas de entre 18 a 25 años a quince de los dieciocho imputados en la causa ESMA, por, entre otros crímenes, el asesinato de Rodolfo Walsh y la desaparición de su obra inédita.*

Un Walsh freak

Por Ulises Cremonte

“La primera noticia sobre la masacre de José León Suarez llegó a mis oídos en la forma más casual, el 18 de diciembre de 1956”, dice Walsh en el prólogo a la primera edición de Operación masacre, la de 1957. Y en el prólogo de 1964, el más citado –ese en el que plantó esa imagen insoslayable tanto para la historia como para las letras latinoamericanas y mundiales: “hay un fusilado que vive”– se detiene a explicar que fue en un café de La Plata en el que se dedicaban a jugar al ajedrez. En esas mismas páginas, el Walsh que a los pocos años manifestaría su decisión de abandonar la literatura, reconstruye aquella noche y suelta en un presente ahistórico: “Valle no me interesa. Perón no me interesa, la revolución no me interesa. ¿Puedo volver a ajedrez? Puedo. Al ajedrez y a la literatura fantástica que leo...”.

Es inevitable pensar que se estaba refiriendo a aquella Antología del cuento extraño que había realizado para Hachette en el transcurso del 56, una obra que ahora, la editorial El cuenco de plata vuelve a publicar en cuatro tomos, que comprenden cuarenta y nueve cuentos universales de distintas modalidades “no-realistas”.

Veinte de los autores son los mismos que aparecen en la famosa Antología de la literatura fantástica de Borges, Bioy y Ocampo. Pero en la de Walsh cada autor es precedido por datos biográficos y alguna reflexión, lo que al mismo tiempo que facilita la comprensión implica reconocimiento: el lector entra en contacto con un autor sabiendo quién es (a diferencia de la obra del “trío infernal”, que por continuada y fragmentaria puede producir el efecto de aposentar la genialidad en los antólogos).



En Antología del cuento extraño aparecen los elementos clásicos del género: el tiempo y su relatividad, lo sobrenatural, el deseo y sus peligros; en su mayoría son “textos aparentemente desvinculados de los problemas contemporáneos”, como señala el propio Walsh en la minibiografía de E.M. Forster, autor del cuento “Pánico” que integra el tomo II. Pero la futura cosmogonía del militante parece filtrarse en el recorte: hay un hombre que padece el horror de ver la esencia de los otros (“El misántropo” de J.D. Beresford en el tomo I), hay otros que rozan la insanía por ver el futuro (“El enfermo” de J.F. Sullivan en el tomo II y “Enoch Soames” de Max Beerbohm en el tomo III) y abundan los aparecidos, presencias espectrales que quizás hayan condensado, años después, en la decisión literaria de prologar la puerta de la non fiction latinoamericana y mundial con “un fusilado que vive”.

En el tomo I destacan “Historia completamente absurda” de Giovanni Papini, y el tanta veces citado “El puente sobre el río del Buho” de Ambrose Bierce. En el II, el cuento del argentino Bernardo Kordon, “Un poderoso camión de guerra”. El III incluye un puñado de escritores ingleses y norteamericanos entre los que se destaca un breve relato de Kafka. En este tomo lo fantástico toma diversos cuerpos: supersticiones, viejas leyendas y esa especie de conclusión moralizante tan propia del género. Como si tuviera que limpiar la culpa de ocuparse de motivos temáticos cercanos a narraciones infantiles, ejerciendo una especie de sentencia que justificara

lo que se contó. En el IV, intervenido por los largos relatos de Conrad y de Merimée, parece trabajar una zona del cuento fantástico cercana al universo cortazariano. Narraciones como “Metamorfosis” de Gómez de la Serna, “Los buitres” de Cerruto o “La sed” de Silvina Ocampo se instalan en un registro en el que la transmutación, de cuerpos y de espacios, gana el centro de la escena.

Más allá de este rápido recorrido por las temáticas y registros incluidos en la antología vale volver al cuento de Max Beerbohm, titulado “Enoch Soames”. Enoch Soames es un escritor mediocre que literalmente vende su alma al diablo con tal de poder avanzar cien años en el tiempo y comprobar qué se dirá sobre él en el lejano 1996. Allí encontrará que la única referencia a su nombre es dentro de una reseña donde se lo muestra como un mero y poco verosímil personaje de ficción. Autor físico y real que se vuelve un estereotipo, una modesta caricatura de época. La respuesta que da el cuento es interesante, en cuanto también parece hablar sobre lo que Walsh odiaba que fuera a ocurrirle. Quizás su renuncia a escribir una novela, su renuncia a la ficción –independientemente del entendible desdén a los formatos burgueses– es también una actitud de preservación. Porque el Enoch Soames del cuento es un autor que vive para la fama futura, para la posteridad. En cambio Walsh fue un hombre de (y para) su tiempo. En tal sentido, la reedición de esta Antología del cuento extraño quizás hace que Walsh se vuelva un poco Enoch Soames. Parece más un gesto oportunista que un rescate de autores.



Extracto del discurso de **Álvaro García Linera** al recibir el Premio Rodolfo Walsh

Facultad de Periodismo y Comunicación Social / UNLP / 25 de agosto de 2016

Es para mí un honor de los más grandes que me ha tocado en la vida poder recibir un premio con el nombre de un compañero, de Rodolfo Walsh, cuya vida, cuya trayectoria, constituye un paradigma de lo que es la militancia, el compromiso y la lucha por los demás.

Por lo general, esta generación de hombres y mujeres, nos organizamos para resguardar nuestra vida personal. Se trata de un principio de sobrevivencia básico, proteger la vida personal, resguardar la vida personal, dedicar afectos, medios y recursos para proteger la vida personal. Mucha gente dedica mucho tiempo, mucho dinero personal y colectivo, para proteger la vida que tenemos a nivel individual, a nivel familiar, a nivel colectivo. Tan fuerte es este impulso a proteger la vida que incluso el mercado valora, y ofer-

ta, un conjunto de servicios que protegen la vida, que intentan garantizar la vida como el fin último y fundamental que tiene la vida.

En el mercado de valores, la juventud es tomada como símbolo de vida y nos resistimos todos a la llegada de la vejez, que es el símbolo del ocaso de la vida y el pronto abandono de la vida.

Pero de tanto en tanto aparecen individuos o colectivos que van contra esta corriente; que parecieran remontar ese sentido común de la protección y del cuidado de la vida personal. Y cuando aparecen estas personas cambian el curso normal de la historia. De tanto en tanto hay gente que no huye de la muerte a cualquier costo, a cualquier precio o bajo cualquier tipo de hipoteca del alma. Hay gente que escoge el

riesgo de la muerte -uso este concepto que viene de Sartre- aun a costa de hipotecarlo todo lo que conseguiste en la vida, aun a costa de hipotecar todo lo que fuiste, hay personas que optan por el límite meditado de la vida; hay personas que optan por el riesgo meditado de la vida y con ello cambian el curso monótono de la vida de todos y todas.

No estoy hablando del suicida, que renuncia a la vida porque la vida es demasiado grande para él. Estoy hablando de los que tocan la puerta de la muerte porque aman infinitamente la vida; estoy hablando de los que retan meditamente la muerte porque están protegiendo y garantizando la vida de todos los demás.

*De tanto en tanto hay gente
que no huye de la muerte a
cualquier costo, a cualquier
precio o bajo cualquier tipo de
hipoteca del alma*

La mitología épica tiene ejemplos paradigmáticos en lo colectivo y en lo individual de este tipo de retos, los espartanos en las Termópilas; las mujeres aymaras, que frente al lago y ante la invasión española resisten junto a sus maridos, se refugian en un cerro y ante la inminencia de la derrota del colonizador prefieren lanzarse al abismo antes que rendirse frente a sus colonizadores, que seguramente iban a abusar de ellas e iban a esclavizarlas.

En lo individual podemos mencionar el ejemplo de Cristo, el ejemplo del Che, pero también a numerosos jóvenes de la generación luchadora de los años 70, y en particular a Rodolfo Walsh.

¿Qué es lo que lleva a una persona a arriesgar la vida?, ¿qué tipo de sentimientos tendrá en el alma?, ¿qué tipo de pensamientos se apoderará de su cerebro a aquellas personas que saben que por una decisión tomada la muerte acecha y a pesar de ello no retroceden en su decisión?

Un imperativo moral. Una convicción. Un compromiso. Acá no es ni el conocimiento, ni sólo la conciencia, que puede explicar la apuesta por el sacrificio. Si sólo fueran la conciencia y el conocimiento, estaría claro que ellas ordenarían el mundo de una manera que lo llevarían a proteger su cuerpo -su vida- aun a costa de transarlo todo, lo que sea: la familia, los amigos, las convicciones. Eso es lo que hacen los traidores, cada día, los tráfugas, los mercaderes de principios.

Para que el ser asuma el riesgo de muerte se requiere algo más que la conciencia, se requiere algo

más que el conocimiento, se requiere que en el mismo cuerpo estén las razones más profundas saneadas en la memoria de cada molécula del cuerpo y que opten por el riesgo de muerte.

Y esas razones profundas, hecho cuerpo, hechas alma, son los preceptos lógicos y los preceptos morales con los que más allá de la conciencia conocemos y nos ubicamos en el mundo.

Y ¿cuáles son estos últimos preceptos que pueden llevar a retar conscientemente la muerte? Los de la vida misma, pero ya no los de la vida personal pensado como un planeta aislado en el universo sino que se trata de la vida en común, de la vida colectiva, de la vida extendida como comunidad, cuando una persona se ve ante el imperativo moral de salvar la vida en común, esa persona se vuelve universal. Es como si ella se disolviera en el destino de cada una de las personas del universo y el horizonte de cada una de las personas de ese mundo quedara depositada en el gesto de generosidad trágica, del ser que opta por el riesgo de muerte.

Entonces, ese riesgo de muerte es una ofrenda a la vida en común. Es decir, es la constatación más sublime de que los seres humanos somos en el fondo uno solo. Es un gesto de amor a todos. Es en donde uno disuelve su vida para alimentar la vida y el buen destino de todos.

No en vano Sartre hablaba del peligro de muerte como uno de los detonantes de la construcción de las comunidades que producen las más grandes revoluciones de la historia.

Por eso, hoy acá, adelante de ustedes quiero rendir un homenaje personal, ético, intelectual político a Rodolfo Walsh y a su hija que al igual que esas indígenas aymaras de 200 años atrás y frente a sus represores dijeron: "Ustedes no nos matan nosotros decidimos morir".

Quiero reivindicar este tipo de enseñanza y de imperativo moral walshiano, porque en el fondo ahí radica la posibilidad de la construcción de un nuevo mundo, de un nuevo ser humano.

Hablaba el compañero Hugo Yasky de la carta que escribe Rodolfo, la carta abierta a la junta militar. A la hija la habían matado hacía poco, sus compañeros

*Quiero reivindicar este
tipo de enseñanza y de
imperativo moral walshiano,
porque en el fondo ahí radica la
posibilidad de la construcción
de un nuevo mundo*

El olor a podredumbre rodeaba toda la ciudad y todo el país y a pesar de eso Rodolfo se dedica a armar un texto pulcro, lógico bien argumentado

estaban perseguidos, el periodista, el escritor, el militante revolucionario, al igual que muchos otros jóvenes estaba cercado, enseguida y con la vida puesta en juego, y pese a eso Rodolfo se pone a escribir una carta a la junta militar, no es un panfleto, es una carta meditada, una carta que revisa cifras, conceptos, que estructura un esquema lógico de interpelación política, de interpelación económica y de interpelación moral.

El resoplido de la dictadura se sentía, el olor a podredumbre rodeaba toda la ciudad y todo el país y a pesar de eso Rodolfo se dedica a armar un texto pulcro, lógico bien argumentado.

¿Qué hay en su mente?, ¿Qué lo lleva a hacer semejante locura?, ¿Por qué no escapa?, ¿Por qué no se va? ¿Por qué no hace lo que otros hacen? Traicionar, cambiar de camiseta, delatar al amigo, al compañero. Si el destino de la vida es preservar la vida, entregar al compañero era una forma de preservar la vida. Lo que hace Rodolfo es que nos muestra que esa vida, donde uno renuncia a los principios, donde uno se protege a sí mismo condenando a la muerte a los demás, no es vida. Esa vida no vale la pena vivirla. Nos enseña que esa vida no es la que nos reivindica.

La única vida en donde vale la pena vivir, es aquella en la que los demás tienen todo y uno no tiene nada. En la que uno entrega su sacrificio por los demás, en la que uno se esfuerza por los demás. Y el ejemplo de Walsh en tiempos de dictadura hoy es más importante que nunca reflexionarlo, porque de eso se trata la militancia. Qué arriesgamos por los demás, qué entregamos por los demás? ¿Cuánto de nuestro tiempo, de nuestro conocimiento, de nuestros recursos, de nuestro bienestar, de nuestros ahorros, de nuestras posibilidades entregamos por los demás? Si no somos capaces de entregar algo por los demás en verdad somos muertos en vida. En verdad no somos hombres. La vida de Rodolfo y esta carta no es un ejemplo de hace 30 años, es un ejemplo actual.

¿Qué haces tú para pelear por los demás, que haces tú para comprometerte con el sacrificio de los que no tienen trabajo hoy, de los que no tienen un buen salario? ¿Qué haces tú que estás en la universidad o en tu casa o en tu trabajo por tu compañero de enfrente por tus compañeros de más allá y de otros compañeros que no conoces pero que igual sufren la carencia,

el abandono, qué haces? Desentenderte de ellos es una forma de vivir, pero es una forma miserable de vivir, es una forma poco humano de vivir, el entregar tiempo, el entregar recursos el entregar conocimiento, y si es necesario el entregar la vida, como Rodolfo, esa es una manera de vivir eternamente, y ese es el mensaje de Rodolfo a todos.

La vida de Rodolfo y el premio que yo hoy recibo lo entiendo como una convocatoria a la militancia como una convocatoria al compromiso, hoy más necesario que nunca, porque las personas no se prueban en la victoria. En la victoria todos son los héroes, todos son los que dieron y produjeron la victoria. Es en la derrota donde nos ponemos a prueba, es en la derrota que tiene que volverse temporal donde se prueba el temple de las personas, los imperativos morales de las personas, hay muchos generales y hay muchos mariscales cuando se triunfa, pero no hay un solo soldado raso cuando se pierde y ahí es cuando uno tiene que aparecer como verdadero soldado.

Recordar a Rodolfo no es simplemente acordarnos de una generación heroica si cuya lucha no estaríamos donde estamos. Es recoger esto.

Han variado las circunstancias por supuesto, no es lo mismo que antes, pero el imperativo moral sigue siendo el mismo. Cómo lucho y trabajo por los demás.

El intelectual crítico no es la persona que insulta más o que coloca mas adjetivos en sus textos; es la persona que sabe que su estudio va a tener un impacto

Cómo me comprometo por los demás. Cómo dedico vida y recursos por los demás. Cómo involucro mi satisfacción con la familia por pelear por los demás. Si no hago eso no estoy viviendo, no soy plenamente un ser social ni soy plenamente un ser humano. La vida de Rodolfo, sus cartas, sus poemas, hoy constituye un referente moral y un referente político de lo que le corresponde a la juventud.

Son ustedes los jóvenes los que tienen que construir una nueva oleada revolucionaria, los que tienen que remontar la adversidad, los que tienen que construir las condiciones de nuevas victorias. No podemos contentarnos con maldecir o criticar o quejarnos de lo malo que estamos viviendo. Por supuesto se trata de remontar esta adversidad se trata de asumirlo como reto. Qué es lo que hizo Rodolfo y lo hizo con la vida. Lo hizo aceptando que su hija muriera, y en vez de irse,

de ponerse a llorar, de escaparse, de esconderse, de traicionar, el sale a escribir esa carta.

Este es el modelo del compromiso revolucionario. Es el modelo de la forma de afrontar las responsabilidades, por eso muchísimas gracias por este premio, me siento muy emocionado.

También quiero reflexionar muy rápidamente sobre un tema: la relación entre conocimiento y compromiso.

La pregunta central que se hace uno es: ¿cómo es que se conoce? ¿Cómo es que se puede comprender la verdad de la cosa? propongo que siempre diferenciamos dos conocimientos el de las ciencias naturales y el de la ciencias sociales.

En las ciencias naturales se requiere un tipo de compromiso, por supuesto, el compromiso del investigador es la capacidad de tener herramientas de análisis lógico, la capacidad, de abstracción de hacer deducciones lógicas, de hacer deducciones bien sustentadas y de tener mecanismos de comprobación de las hipótesis cómo uno elabora, en matemáticas, en física en biología.

Pero las ciencias sociales tienen otra connotación, las ciencias sociales, a diferencia de las naturales, hablan sobre la sociedad y la afectan directa o indirectamente.

Recordar a Rodolfo no es simplemente acordarnos de una generación heroica si cuya lucha no estaríamos donde estamos.

Es recoger esto

Las ciencias sociales son como ese principio de incertidumbre de Haissenberg que decía: quiero estudiar una partícula sub atómica pero para saber donde esta le tengo que disparar a otra partícula, que me va a decir dónde está esa partícula, pero al dispararle voy a haber modificado su velocidad.

Ese principio de la incertidumbre se aplica también al ámbito de las ciencias sociales, cualquiera sea el área: historia, sociología, periodismo o antropología. El investigador social habla sobre la sociedad y al hablar sobre ella la involucra y afecta a un pedazo de ella o a toda, ya sea a favor o en contra.

Esta diferencia es clave porque marca qué es metafísicamente imposible un conocimiento, o un tipo de conocimiento imparcial o distante. La imparcialidad no existe en las ciencias sociales, la imparcialidad es una ideología que encubre relaciones dominantes en la sociedad o en la academia en los estudios.

No puede haber imparcialidad desde el mismo momento en que estás hablando de algo y lo afectando. Esto no quita que el investigador social tengas que tener métodos, de análisis, de síntesis, de validación, por supuesto que hay un esquema lógico y un conjunto de herramientas que prevalecen en el campo académico que el investigador tiene que tenerlas en cuenta para la investigación pero sabiendo que eso no va a eludir, el destino virtuoso, no fatal de que lo que uno está estudiando está influyendo en el objeto estudiado.

Cuando el investigador influye en el objeto desparece cualquier rasgo de imparcialidad directa o indirectamente estamos influyendo en el destino del objeto estudiado y ahí viene entonces el concepto y el compromiso.

Fíjense Rodolfo, perseguido y escondido seguramente en una casa teniendo en cuenta el riesgo de que en una hora o en cinco horas aparecerá la represión que lo balee y leo torture y a pesar de ello dedica su tiempo para sacar las cifras, para encontrar el núcleo de la dictadura, para encontrar el fondo del modelo económico de la dictadura.

Con argumentos y con datos los hechos de la dictadura, no hace un panfleto, brinda elementos de la realidad, estructura un orden lógico de su conocimiento, si todo conocimiento social es una forma de involucramiento en el destino de la sociedad entonces el compromiso abraza como un elemento que guía comprensivamente esta influencia y esta interferencia en el propio destino de la sociedad. Ahí surge el concepto del intelectual crítico.

El intelectual critico no es la persona que insulta más o que coloca mas adjetivos en sus textos; es la persona que sabe que su estudio va a tener un impacto y asume que ese impacto va a favorecer a las clases desvalidas, que va a desmontar mecanismos de dominación y no se desmontan mecanismos de dominación ni con el adjetivo ni con el cliché, que son fáciles copiarlos de internet.

Desmontar los mecanismos de dominación es brindarle elementos lógicos de comprensión a tu lector.

Desmontar los mecanismos de dominación en la escritura, en la historia, en la filosofía, en la investigación periodística es tener la habilidad cognitiva de desnaturalizar los que parece natural, de hacer de lo que parece obvio algo contingente, porque la relación de dominación se asienta en mostrar como natural una arbitrariedad, demostrar un hecho fáctico contingente como la normalidad y la lucha es contra un mecanismo de dominación que buscan naturalizar la contingencia, o lo que es una decisión personal o política radica en brindar a un lector, a tu medio a tu academia, a tus seguidores, a los colegas mecanismos que desmonten con argumentos lógicos, prácticos la naturalización de las relaciones de dominación.